

Rodríguez (cuento)

A Francisco Albes Zavaia

Como aquella luna había puesto todo igual que de día, va desde el medio del Paso con el agua al estribo lo vio Rodríguez hecho estatua entre los sauces de la barranca opuesta. Sin dejar de avanzar bajo el poncho la mano en la pistola por cualquier evento él le fue observando la negra cabalgadura, el respectivo poncho más que colorado. Al pisar tierra firme e iniciar el trote el otro, que desplegó una sonrisa, taloneó, se puso también en movimiento y se le apareó. Desmirriado era el desconocido y muy, muy alto. La barba aguda, renegrida. A los costados de la cara, retorcidos esmeradísimamente, largos mostachos le sobresalían.

A Rodríguez le chocó aquel no darse cuenta el hombre de que, con lo flaco que estaba y lo entecano de semblante, tamaña atención a los bigotes no le sentaba.

- ¿Va para aquellos lados, mozo? - le llegó con melosidad.

Con el agregado de semejante acento, no precisó más Rodríguez para retirar la mano de la culata. Y ya sin el menor interés por saber quién era el importuno lo dejó, no más, formarle yunta y siguió su avance a través de la gran claridad, la vista entre las orejas de su zaino fija.

- ¡Lo que son las cosas, parece mentira! Te vi caer al Paso, mirá... ¡y simpatiqué enseguida!

Incomodado por el tuteo, Rodríguez le clavó un ojo, al tiempo que, a su vez, el interlocutor le lanzaba también al sesgo una mirada que era un cuchillo de punta.

pero que se atenuó de golpe quizás ante el temor de ser sorprendida

Por eso por eso por ser vos es que me voy al grano derecho ¿Te gusta la mujer? Decí Rodríguez ¿te gusta?

Un brusco escozor le hizo componer el pecho a Rodríguez mas se quedó sin respuesta el indiscreto. Y como la pregunta le removió su fastidio Rodríguez volvió a carraspear esta vez con mayor dureza Tanto que inclinándose a un lado del zaino escupió

- ¡Alegrate alegrate mucho Rodríguez! - seguía el ofertante acusándose, en el mejor de los mundos y sin tocarse la cara una guía del bigote - Te puedo poner a tus pies a la mujer de tu deseo ¿Te gusta el oro? Agencia-ce latas, Rodríguez y botijos y te los lleno toditos. ¿Te gusta el poder, que también es lindo? Sin apearte del zaino al momento quedarás hecho comisario, jefe político, coronel ¡General no, Rodríguez, porque esos puestos los tengo reservados toditos! Pero de ahí para abajo podés elegir de inmediato

Muy fastidiado por el parloteo seguía mudo siempre sosteniendo la mirada hacia adelante, Rodríguez.

- Mirá vos no precisás más que abrir la boca

- ¡Pucha que tiene poderes usted! - fue a decir, fue a decir Rodríguez; pero se contuvo para ver si, a silencio aburría al cargoso.

Este que un momento aguardó tan siquiera una palabra fue invadido como por el estupor. Se acariciaba la barba; de reojo miró dos o tres veces al otro. Después, su cabeza se abatió sobre el pecho pensando con intensidad. Y pareció que se le había tapado la boca

Asimismo bajo la ancha blancura ¡qué silencio, ahora al paso de los jinetes y de sus sombras tan níti-

das! Pareció de golpe que todo lo capaz de turbarlo había fugado lejos cada cual con su ruido

La mano de Rodríguez a las cuerdas asomó con tabaquera y con chala por el costado del poncho. Sin abandonar el trote se puso a liar

Entonces el otro en brusca resolución rozó con la espuela a su obscuro hasta casi darse contra los espinillos. A esa media distancia, manteniendo la marcha a fin de no quedarse atrás fue que dijo:

- Dudás Rodríguez? ¡Fíjate, fíjate en mi negro viejo!

Y siguió cabalgando en un tordillo como leche.

Seguro de que, ahora sí, había pasmado a Rodríguez, y no queriendo darle tiempo a reaccionar, sacó de entre los pliegues del poncho el largo brazo puro hueso, sin espinarse manoteó al pasar una rama de tala e invitó, soberbio:

- ¡Mirá!

La rama se hizo vibora, se debatió brillando en la noche al querer librarse de la tan flaca mano que la apriaba por el medio y, cuando el forastero, con gesto altanero la arrojó lejos, ella se perdió a los silbidos entre los pastos.

En procura de su yesquero se registraba Rodríguez. Al acompañante sorprendido del propósito le fulguraron los ojos; pero apeló a la calma que le quedaba se adelantó a la intención y dijo, con forzada solicitud, otra vez montado en el obscuro:

- ¡No te molestés! ¡Servite juego Rodríguez!

Frotó la yema del índice con la del dedo gordo. Al punto una azulada llanita brotó entre ellos. Corrió entonces hacia la uña del pulgar y así allí paradita la

presentó como en palmatoria.

Ya en la boca el cigarro, lo acercó Rodríguez y aspiró.

- ¿Y...? ¿Qué me decís ahora?...

- Esas son pruebas - murmuró entre la amplia humada Rodríguez, siempre pensando qué hacer para sacarse de encima al pegajoso.

Como baldazo de agua fría dió la expresión sobre el ánimo del jinete del obscuro. Cuando consiguió recobrase, pudo seguir, con creciente ahinco, la mente hecha un volcán.

- ¡Ah, sí? ¡Conque pruebas, no? ¿Y esto?

Ahora miró de lleno, Rodríguez, y afirmó en las riendas al zaino, temeroso de que se lo abrieran de una cornada. Porque el importuno andaba a los corcovos en un toro cimarrón con tanto fuego en los ojos que milagro parecía no le estuviera ya hechando humo el cuero.

- ¿Y esto otro? ¡Mirá qué aletas, Rodríguez! - se prolongó, casi hecho imploración, en la noche.

Ya no era toro lo que montaba el seductor, era bagre. Sujetándolo de los bigotes un instante, y espoleándolo asimismo hasta hacerlo bufar, su jinete lo lanzó como luz a dar vueltas en torno a Rodríguez, Pero Rodríguez seguía trotando... Pescado, por grande que fuera, no tenía peligro para el zainito.

- Hablame, Rodríguez, ¿y esto?... ¡Por favor, fijate bien!... ¿Eh?...

- ¿Eso? Mágica, eso.

Con su jinete abrazándole la cabeza para no deslomarse, del brusco sofrenazo el bagre quedó clavado de cola.

- ¡Te vas a la puta que te parió!

Y mientras el/zainito, hasta donde no llegó la ex-
clamación porque surgió en un abogo, iba tomando distancia
muy campante, el otra vez oscuro, que sintió enterrárse-
le las espuelas, en dos patas giró descubriendo los dien-
tes, para ir lajé la tan blanca luz a apostar otra vez al
Diablo en el Paso.

Montevideo, julio 10 - 1957.

Francisco Espínola

